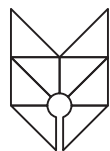


FELIPE BENÍTEZ REYES

LA
GENTE

NOVELA



FUNDACIÓN
JOSÉ
MANUEL
LARA

Primera edición: septiembre, 2025

© Felipe Benítez Reyes, 2025

© Fundación José Manuel Lara, 2025

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño y maquetación: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: Collage de F.B.R.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1311-2025

ISBN: 978-84-19132-71-0

Printed in Spain–Impreso en España

PRÓLOGO

MIGUEL RANCÉS OLIVARES
Y SU GESTIÓN DE LAS VIDAS AJENAS

En mi condición de lector asiduo y de aficionado a la escritura artística, les confieso que no existe un recurso narrativo que me resulte más ineficiente y fullero que el del «manuscrito encontrado», al considerarlo una fórmula casi infalible para que el lector entre con mal pie en una ficción... o para que sencillamente no entre: el ingreso en ella se convierte a menudo en una puerta de fuga. Tal vez, no sé, porque si dejamos al margen esas invenciones de libre fantasía en que los dragones tricéfalos o los viajes al centro de la Tierra se rebajan a ser factores ordinarios, es una mala estrategia la de procurar que alguien asienta al desarrollo de una irrealdad a partir de un dato inverosímil.

Al fin y al cabo, no es frecuente que la gente vaya por la vida encontrándose manuscritos, y menos aún que se trate de hallazgos dignos de ser mostrados al mundo para su asombro y disfrute, de modo que se impone una sospecha razonable: que todo se reduzca a una mixtificación, a una burla frívola a los posibles lectores, poco pacientes con respecto a la frivolidad de los autores, a quienes suele exigirse no diré que solemnidad, en la que toda voz se engola, pero

sí un mínimo de seriedad y decoro en los presupuestos imaginativos que se disponga a aplicar a su tarea.

A estas alturas de la historia literaria, en que tan manoseados están todos los artificios tanto de estilo como de ideación, esos manuscritos de origen más o menos misterioso que el autor dice haber encontrado de manera casual o providencial tienen a mi entender, en fin, muy poco crédito como elemento táctico para establecer entre un autor y un lector un pacto de credulidad, que tan frágil acostumbra ser.

Pero, comoquiera que la deriva de la realidad suele distraerse en llevar la contraria no sólo a nuestros prejuicios más asentados, sino también a nuestras previsiones más insignificantes, el caso es que encontré el manuscrito de las páginas que siguen entre los papeles de mi tío abuelo Miguel Rancés Olivares, abogado de profesión, ya que no de vocación, pues nunca le gustó su oficio, y que murió soltero y de repente mientras daba cuerda a un reloj de pared de la marca Velona.

Cuando desmontamos su casa para aligerarla de esos enseres que, según él, mueren a la vez que su poseedor, encontré una carpeta de legajos que, entre otros papeles de índole diversa, contenía las páginas que siguen, escritas con su caligrafía de reminiscencias entre arábigas y barrocas, con trazos sinuosos y espigados.

En la hoja que hacía las veces de portada había cuatro opciones para titular el conjunto, a saber:

LA GESTIÓN DE LO INVISIBLE

LA GENTE

PERSONAJES SECUNDARIOS

LOS AFANES

Al asumir la responsabilidad de dar esos escritos a la estampa, elegí el segundo, por ser el que él tenía subrayado con lápiz rojo y marcado además con una equis en el margen derecho, aunque yo hubiese preferido el de *Los afanes*: ¿la existencia como una sucesión desordenada de anhelos que tienden a incumplirse?

Aparte de eso, anotó, indicando que eran tales, dos opciones para el subtítulo:

UNA NOVELA EN ESTAMPAS

MURAL DE LOS ESPECTROS

El primero de ellos estaba descartado con una tachadura.

A la hora de mecanografiarlo, respeté el orden en que encontré el original, aunque con la certeza casi absoluta de que se trataba de un orden aleatorio. No creo que sea un factor determinante: la propia secuencia narrativa de *La gente* resulta en esencia aleatoria.

En cuanto a Miguel Rancés Olivares, no hay mucho que contar que exija ser contado: nació aquí en el pueblo en 1918 y murió en su casa natal en 1985. Entre una fecha y otra, poco más que una existencia sutilmente afantasmada... al menos para mí, y parece ser que también para muchos de quienes lo trataron.

Las fotografías nos presentan a un niño vestido con ropa andrógina de encaje, a un joven atildado a la manera convencional de la época, a un adulto sin ningún relieve especial en su aspecto ni en sus rasgos y a un anciano un tanto aniñado que se daba un aire al Truman Capote de sus postrimerías, que fue como lo conocí y como lo recuerdo, desprendiendo él ya ese frío que, según Balzac, esparcen los viejos a su alrededor; sentado en su despacho de pavorosos

muebles retrorrenacentistas y fumando con parsimonia sus cigarrillos Dunhill, entretenido en el mantenimiento de su colección de relojes de pared y releendo metódicamente, en ciclos más o menos anuales, a Cervantes, a Dickens y a Galdós, a quienes tenía en el altar mayor de sus devociones. Al margen de los títulos que firmaron los encumbrados en ese podio, gustaba de la obra de Marcel Proust –imagino que para sentirse mundano–, de la de Chesterton –supongo que para disfrutar de una inteligencia lúdica en alianza con las tenebrosidades de lo paranormal, Dios incluido–, de la de Paul Verlaine –tal vez para alimentar su nostalgia burguesa de una bohemia tormentosa– y de la de Pierre Loti –calculo que para pasearse con la imaginación por países exóticos, ya que, aparte de sus años de estudiante de Derecho en Sevilla, apenas salió del pueblo.

Era de poco hablar, aunque me dicen que frecuentaba las tertulias del casino con la flema propia de los melancólicos, que casi siempre callan menos por prudencia que por desgana.

Nadie de la familia le sospechaba unas veleidades literarias que fuesen más allá de sus lecturas, y de ahí la sorpresa ante el hallazgo de este manuscrito, que puede ser considerado no tanto unas memorias suyas como una memoria reconstruida a través de los otros: más el reflejo de una época y de unas gentes que una introspección.

Por circunstancias y edad, apenas conocí de vista a algunos de los personajes que mi tío abuelo retrata, a veces con un par de trazos. Mis mayores me aseguran que todos ellos son reales, aunque me avisan de que nuestro pariente se permitió algunas licencias en su caracterización y, sobre todo, en la atribución de acciones que no fueron tal cual él las interpreta. Supongo que eso viene a dar igual: si en gran medida somos

un ente ilusorio para nosotros mismos, no es de extrañar que para los demás seamos meros ensueños, simples *suposiciones*.

Y es que en los pueblos pequeños se establece una especie de genealogía colectiva: todo el mundo está relacionado con todo el mundo por un vínculo a menudo imprecisable, y ese vínculo tengo la impresión de que se establece y se mantiene gracias al *rumor*, a una narratividad basada más o menos proporcionalmente en las conjeturas infundadas y en los hechos veraces. (También, claro está, en las conjeturas –tan ramificadas a veces, tan contradictorias casi siempre entre sí– en torno a los hechos veraces). Esa novela, en suma, que no escribe nadie y escribimos entre todos. Una novela con un planteamiento azaroso y poliédrico, con un nudo extrañamente estático y con un desenlace abierto y bastante incoherente.

Entre los papeles de mi tío abuelo encontré esta anotación:

Los pueblos son un gran secreto comunal. No me refiero a la suma de los secretos privados y domésticos, pues, con respecto a eso, allá cada cual con los suyos, sino a los secretos que componen la trama común: lo que sabemos de los demás sin saberlo del todo, o incluso sin saber nada al respecto. Lo que no ha sucedido podemos conocerlo al detalle: la imaginación también *conoce*.

Y, a continuación, esta otra:

Se supone que nadie tiene derecho a saber demasiado de la gente y que además no es bueno saber demasiado de la gente. Pero acabas sabiendo, o creyendo que sabes. Y todo el que sabe algo –o cree saberlo– termina contándolo, y ahí se forma el secreto común. El secreto a voces. La pormenorizada hipótesis en torno a lo invisible, a lo improbable o,

sobre todo, a lo inexistente. La tesis que no requiere premisa, porque la premisa es la tesis.

Y es que da la impresión de que la mayoría de la gente se pasa más tiempo especulando sobre la vida de los demás que sobre la propia: cerramos los ojos para mirarnos por dentro, para analizar nuestro pensamiento o nuestro sentir, nuestra memoria o nuestra conciencia –en el caso de que todo eso no forme en realidad un grumo indivisible–, pero de repente ese propósito se desvía y acabamos suponiendo lo que hacen y piensan los otros, los cercanos, a los que convertimos en entes de ficción, en marionetas construidas en el taller de nuestra fantasía.

Guardaba también una libreta con arranques no sé si de novela o de cuento, aunque ninguno de ellos pasa del primer párrafo. Este, por ejemplo:

A Jaime Estrada le hubiera gustado ser un aventurero libertino e indómito que, entre lance y gesta, escribiese tratados líricos sobre el Himalaya o informes taxonómicos –desarrollados a partir de sus minuciosos cuadernos de campo– sobre las serpientes amazónicas, pero lo más trepidante a que llegó en esta vida fue a la presidencia del Casino Municipal, excepción hecha de sus desvelos profesionales como dueño de Almacenes Estrada, muy surtido de todo tipo de enseres e ingenios, lo que, sin ser poca cosa, no rozaba siquiera las cumbres neblinosas de sus anhelos primordiales.

Y ahí se quedaba, no sé si por desidia o por paralización de su inventiva, o tal vez por ambos inconvenientes.

Como dije, soy lector asiduo y aficionado a escribir –de ahí que mi pariente me designase heredero de su biblioteca–, pero en este caso soy un lector sentimentalmente implicado, de modo que no sé qué valor estrictamente literario tiene esta especie de mural. Tampoco estoy seguro de que él hubiese aprobado el que se hiciera pública su labor, pues ninguna gestión hizo en vida para que lo fuese, aparte de un par de artículos triviales que dio de joven en la revista local *Brisas* y de algunos poemas que publicó, allá por la década de 1960, en la revista jerezana *Los lamentos de Apolo*.

Sea como sea, sus parientes más próximos decidimos, por encima de otras consideraciones, que el editar estos papeles sería una forma de homenaje, de mantenerlo en el recuerdo de los de su estirpe: una suerte de inmortalidad de ámbito familiar.

Al ser el mundo un gran bazar de curiosidades, no está de más que sus allegados abramos de vez en cuando este libro y nos acordemos de Miguel Rancés Olivares a través de su guiñol de vecinos peculiares, obediente cada cual no tanto al dictamen de su destino –porque hablar de destino implica casi siempre una grandilocuencia– como al de sus azares, tan insignificantes quizá como ellos mismos.

ALBERTO MÁRQUEZ RANCÉS

Rota, verano de 1988

LA GENTE

MURAL DE LOS ESPECTROS

...en el desierto de la multitud...

CHATEAUBRIAND

LA MEMORIA es una habitación cerrada en la que caben un juguete roto y una ciudad entera, los imperios imaginarios que vagan por el aire como arquitecturas inestables de una pesadilla y el aletazo en el vacío de todos nuestros fantasmas, incluido –como principal– el que solemos ser ante nosotros mismos.

La memoria es también como un caleidoscopio. Por eso su fundamento es indeciso y todo gira en ella con el vértigo de un remolino de imágenes que no pueden quedarse quietas y que uno mira con el ansia de quien intenta retener la silueta de un relámpago.

Por su condición tornadiza, por su mecanismo imprevisible, la memoria se parece un poco –ya puestos– a aquel reloj de pared de la casa Junghans que coronaba la vitrina central de la farmacia Hermes y que un día dejó de funcionar durante más de una hora seguida, por mucho que Herminio de la Lastra, el titular del establecimiento, no parase de darle cuerda con terquedad de autómatas, y así a lo largo de más de treinta años.

«Este reloj no sé por qué no anda, y eso que es de fabricación alemana puntera», se quejaba ante los clientes, y se encogía de hombros, abrumado por aquel misterio. Y volvía a darle cuerda. Y al poco el reloj volvía a pararse, como si mantuviese con el Tiempo un acompasamiento intermitente.

Una vez en que se lamentaba, en el casino, de su reloj sublevado, Fernán Barroso, que, a pesar de ser secretario del

ayuntamiento y cronista oficial de la villa, se empeñaba en sacar punta burlesca a todo, le dijo: «Que se pare un reloj es normal. Lo alarmante es que se pare una máquina de movimiento perpetuo», a lo que Andrés Machuca, profesor de latín, apostilló: «*Perpetuum mobile*».

Cada mañana, nada más abrir, el farmacéutico miraba el reloj, por si durante la noche se había producido el milagro de su reparación espontánea, pero el milagro se resistía, conforme a la condición esquivada de los milagros.

Podría decirse, en suma, que Lastra mantenía con su reloj Junghans ese tipo de relación que se mantiene con un pariente trastornado con el que te ves obligado a convivir: un complicado punto intermedio entre la resignación y la desesperación.

A menudo, los enfermos que iban a comprar medicinas a la farmacia Hermes se quedaban mirando con sus ojos febriles e impacientes al farmacéutico hasta que terminaba de dar cuerda al reloj embrujado, sin comprender Lastra ni nadie por qué no andaba durante más de una hora seguida, a pesar de tener cuerda de sobra. «¿Y por qué no se compra usted otro reloj?», le preguntaba alguno mientras el farmacéutico descifraba la receta de caligrafía críptica del doctor Figueroa, que escribía como si estuviese en medio de un terremoto. «Si este no anda porque no le da la gana», y aquella era su pugna concreta con el tiempo.

Pero, aparte de ser un reloj que nunca anda bien, la memoria, decía, es un caleidoscopio. ¿Movemos ese caleidoscopio? El farmacéutico condenado a vivir pendiente de un reloj caprichoso está sentado con alguien en la terraza del Bar Central, y pontifica: «Si a usted no le hubieran dicho en el colegio que la Tierra da vueltas alrededor del Sol, usted pensaría que el Sol da vueltas alrededor de la Tierra. O

incluso que la Tierra no se mueve, que sería lo lógico. Y yo otro tanto, ¿para qué voy a decirle otra cosa? Porque todos sabemos de eso lo mismo que los salvajes: lo que quieran contarnos los cuentistas del universo», y llama al camarero con la mano. El camarero llega con su bandeja de acero inoxidable, redonda y abollada, arañada y brillantísima, como quien lleva un escudo. Cuando el camarero se para frente a la mesa que ocupan el farmacéutico y su acompañante, en la bandeja se estampa el reflejo violáceo de unos jacarandás movidos por el viento. Durante unos segundos, la bandeja parece una plataforma alucinatoria en la que se manifestaran figuraciones variables: un espejo mágico.

Durante la guerra, Herminio de la Lastra sirvió en el cuerpo sanitario con galones provisionales de alférez. Salvó vidas, al contrario que la persona que, en este momento detenido en el tiempo, está sentada junto a él en la terraza del Central, evaluando el grado de frescura de las gambas: Eligio Rendón, gerente de Seguros La Mundial, tesorero de la cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Caída y, unos años atrás, voluntario en un par de cuadrillas de fusilamiento a cambio de una gratificación en metálico y de un ascenso a cabo furriel.

Ambos congeniaban: cada vez que uno soltaba una nadería o incluso una majadería, el otro abría los ojos con una admiración entre sorpresiva y gozosa, como si su amigo acabase de proclamar que había descubierto un planeta desconocido o la cámara más recóndita de una pirámide.

Eligio Rendón tenía una cicatriz ondulada en la mejilla izquierda porque de niño se estrelló contra una alambrada de espino mientras perseguía a una perdiz en la finca familiar, allá en el pago de Tehigo Alto, donde su abuelo materno practicaba el arte de la halconería. Herminio de la Lastra, por su parte, tenía una cara de rasgos aventureros,

por decirlo de algún modo, e incoherentes entre sí, pues mal casaba su nariz gruesa y ganchuda con sus orejas pequeñas y con sus ojos saltones enrarecidos con unas gafas redondas de carey, de cristales como abismos, con las que se diría que podría verse aumentado, como a través de una lupa, el universo.

Hace varios días que rompió el viento de levante, que es fenómeno de mucha bravura cuando le da por desatarse y hace que el pueblo huela a catacumba porque remueve los desagües y da fuelle a los husillos. («Este viento huele a fenicio muerto», según el dictamen de Barroso). Viento que pone a la gente además de mal humor, con mirada de meditadores pesimistas, y que provoca que los perros ladren por nada y menos, que correeten los gatos por las azoteas como luciferos erizados y que las gaviotas parezcan cometas errabundas.

El viento de levante recorre las calles, en fin, como una cabalgata invisible de demencia.

«Ponnos lo mismo». Y el camarero se gira con su bandeja. Y la bandeja es un caleidoscopio.

DESDE SU INAUGURACIÓN en 1928, el Bar Central lucía un espejo publicitario: en su lado derecho, un loro abrazaba con sus alas multicolores una botella de licor. La abrazaba con voracidad y como si guiñase el ojo, como si dijera con el ojo: «La botella es mía». El loro alegre.

Poco antes de la guerra, el llamado Niño Roberto, que tenía prontos de ira cuando se metía en discusiones, estrelló una botella en el espejo, pero el loro siguió abrazando la botella de licor medicinal El Castillo –producto estrella de la destilería local Hnos. Méndez– porque se salvó el pedazo

estampado, el que representaba al loro pícaro y bebedor, y los dueños del bar lo reenmarcaron. «Yo pago el estropicio», según asumió con dignidad de matachín el Niño Roberto.

De la rotura de aquel espejo fue corresponsable Ismael López, propietario de Paños y Confecciones Ismael, que calentó al Niño Roberto con una defensa del Gobierno, cosa que el Niño Roberto no podía tolerar.

El loro que abrazaba la botella tenía algo en común con Canito el Suicida, que, en cuanto se tomaba dos vasos matinales en el bar penumbroso de Pelapú, se paseaba por el pueblo con una botella de moscatel en una mano y con un cabo náutico, deshilachado y azulino, en la otra, musitando a cada momento, como una letanía: «Voy camino del jardín», para dar a entender que iba a colgarse de una viga o de un árbol. «Voy camino del jardín», y le ponía a todo el mundo una mirada torva y vengativa, para así hacer ascos ostensibles al mundo, y agitaba la sogá.

Miguelete el Cordial, cojo y en su Babia, solía ir detrás de Canito el Suicida desde que Canito intentó una vez ahorcarse de una morera, o de eso presumía. A partir de entonces, casi no se veía al uno sin el otro, formando un tándem de amargura cómica, pues Miguelete el Cordial lo seguía a todas partes como una sombra tullida de ángel de la guarda, señalando al futuro suicida y haciendo como si se atornillara la sien derecha con el dedo índice.

La gente le decía: «Miguelete, que pareces el cirineo de ese majara», y Miguelete el Cordial hacía como si aquello lo ofendiese, aunque sin duda le agradaba el rango de cirineo, pues de siempre le habían gustado las procesiones, tanto las de penitencia como las de gloria, y raro era el día en que desfilaba una y no marchaba él detrás de la banda de música para permitirse el quimerismo vanaglorioso de dirigir, a

brazadas aleatorias y sin compás, el cotarro de los clarinetes, tambores y trombones.

Tanto a Canito como a Miguelete estuvieron a punto de matarlos en la guerra. Por nada en especial. Por mera eugenesia, digamos. O por tendencia natural de ambos –quién sabe de eso– a la desventura.

Por lo demás, quien iba a la capilla del Nazareno a eso del mediodía no se extrañaba de ver allí a Canito y a Miguelete arrodillados, con la cabeza gacha, ante la sagrada imagen, ambos murmurantes y contritos, hablando de sus cosas con la deidad martirizada, a la que cabe suponer que Canito le imploraría la concesión de la fuerza suficiente para consumir su suicidio. O tal vez todo lo contrario: la fuerza para seguir en este mundo, que para él debía de ser algo así como una complicada fantasía en la que nada era del todo lo que era.

LOS DOS CAMAREROS que atendían por aquel entonces el Central parecían los oficiales de un barco a punto de hundirse y llevaban sus chaquetas blancas –aquella botonadura de latón bruñido...– con la pesadumbre propia de unos náufragos.

Ambos habían luchado en la guerra, aunque en bandos distintos, y tenían esa mirada entre alerta y difusa de quienes han visto la muerte de cerca y no se olvidan de haberla visto, esa mirada a la vez perdida y muy fija en un punto concreto que tienen los relojeros, los miniaturistas, los acostumbrados a ver cosas que son un mundo chico y ordenado. (El relojero que escudriña el mecanismo averiado de un reloj para localizarle su mal, el miniaturista que, con los labios apretados, delimita el contorno del lóbulo de la oreja de la joven hierática

a la que inmortaliza con un pincel de un solo pelo; el niño que cree ver la pulga acrobática en el circo de pulgas...).

La memoria, podríamos decir, es una forma de ceguera, porque, al fin y al cabo, hay que imaginarse todo, reanimar lo inerte, montar la tragicomedia de un pasado reducido a un tingladillo de guiñol.

La memoria no tiene además cronología: su tiempo gira en espiral, en un circuito esquemático y desvaído, con altas paredes de niebla.

En la memoria de cualquiera de nosotros, aparte de eso, y volviendo a lo de antes, la esfera de un reloj no es más pequeña que la luna.

LA MEMORIA, según decía, es un caleidoscopio.

Ahora, en ese caleidoscopio, Miguel Vallejo le dice a uno de los camareros: «Estas gambas son del viernes», y el camarero, con los ojos un poco perdidos en lo remoto, le contesta que él no sabe de eso, que de eso el dueño. «Del viernes», insiste Vallejo, y Rogelio Villalta huele una gamba, hace un mohín teatral de repugnancia y dice: «Del Viernes Santo».

A Miguel Vallejo, dueño de Ultramarinos Vallejo, se le pueden atribuir al menos dos ejecuciones sumarias, cuando a finales de 1936 se mudó a Jerez de la Frontera para ponerse a las órdenes del comandante Arizón. Por su parte, Rogelio Villalta, dueño de la pastelería La Guinda de Oro, denunció en su día, por lo que se le iba antojando, a quince personas de aquí del pueblo, de las que cinco fueron paseadas y otras tres condenadas a perpetua.

El viento de levante forma remolinos de demencia y cabalgatas errantes de arenisca.